

Presentación

Mar Carrió, Luis A. Branda y Josep-Eladi Baños

En su conocido *Diccionario del uso del español* (1966), María Moliner define la educación como «preparar la inteligencia y el carácter de los niños para que vivan en sociedad» como primera acepción, y más adelante como «preparar a alguien para cierta función o para vivir en cierto ambiente o de cierta manera». Este término no tiene una larga existencia si atendemos al *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (1980), de Joan Corominas y José A. Pascual. Según estos autores, el primer documento que lo recoge se encuentra en 1623, como derivado de las palabras latinas *ducere* (conducir) y *educere* (sacar afuera, criar). Hasta entonces, “criar” era el término empleado para definir el concepto que, a partir de ese momento, se identificó con educación.

Los escasos lectores con el hábito de pasar la vista por los prólogos y las introducciones que hayan llegado hasta aquí pueden sentirse un poco confundidos con estas consideraciones filológicas en un libro dedicado a presentar textos de aprendizaje basado en problemas. Sin embargo, para los que escriben, todo tiene una justificación. Al redactar este prólogo, mediado el año 2013, muchos nos encontramos aún bajo la influencia del debate planteado en los últimos años en la universidad española con el proceso de adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior. Si bien para algunos ha sido un auténtico *via crucis* burocrático donde se ha aplicado el principio lampedusiano de modificarlo todo para que nada cambie, otros hemos creído que era la ocasión de cambiar el modelo educativo de la universidad española, muchas veces indiferenciable de la universidad medieval, más allá de la

comodidad de las aulas y la disponibilidad de artilugios tecnológicos diversos. En medio del debate interminable, tan del gusto de los académicos, llegó a plantearse la confrontación entre enseñar o aprender, muy del agrado de un sector de los pedagogos que han tenido bastante que decir en todo el proceso.

Enseñar o aprender. Para el profano, esta proposición parece fuera de lugar. Está claro, para él, que la función de los profesores es enseñar y la de los estudiantes aprender. La experiencia acumulada, no obstante, muestra que mucho de lo que se enseña no se aprende, o peor, que se aprende mal. Además, como el aprender se vincula a la posibilidad de “saber hacer algo” después y ello se vincula habitualmente al ejercicio de una profesión, también se plantea si lo que se enseña es pertinente para ésta. Así pues, el debate está servido porque en el fondo se plantea un cambio de paradigma importante: el profesor ha de enseñar aquello que cree conveniente para su estudiante o son las necesidades de aprendizaje de éste las que deben guiar la actividad docente. Si al conflicto añadimos la defensa de la libertad de cátedra malentendida, podríamos llegar al siglo XXI antes de tener una respuesta aceptada por todos los implicados.

Esta aparente colisión de intereses entre unos y otros no es, por supuesto, un tema nuevo, y en ámbitos extrauniversitarios ya hace tiempo que se planteó, por ejemplo con la idea de la escuela activa iniciada ya hace muchas décadas. La necesidad del cambio de paradigma de una formación centrada en el profesor a una que lo haga en el estudiante llegó a la universidad en tiempos relativamente recientes. Más allá de la disputa de

la filosofía docente, debía encontrarse una aplicación metodológica que mostrara que los principios teóricos que se defendían podían aplicarse. Los últimos 50 años han visto la aparición de diversos modelos educativos que han intentado conciliar enseñanza con aprendizaje, con el principio del estudiante como motor de ellos. Quizá uno de los de mayor éxito, al mismo tiempo que ha tenido furibundos adversarios, ha sido el llamado “aprendizaje basado en problemas” (ABP), nacido en el ámbito anglosajón (*problem-based learning* [PBL]), al que se dedica esta obra.

El ABP tiene como principal objetivo que los estudiantes puedan obtener el conocimiento por sí mismos, mediante el desarrollo de las capacidades suficientes para hacerlo posible. Para ello precisan de la reflexión crítica, la indagación, el debate, la búsqueda de información y la conclusión. En ese proceso consiguen las facultades que les serán útiles en toda su vida futura y, al mismo tiempo, aprenden a plantear y responder las preguntas pertinentes para resolver una situación, planteada como problema. Para algunos tiene mucho que ver con el método de educación socrático, y no les falta la razón

y algo tiene también de la didáctica confuciana. La actividad de aprendizaje se realiza en torno a dos elementos principales: los textos que inician el proceso y el grupo de tutoría que lo resuelve. Este libro está dedicado a los primeros.

¿Es el ABP el mejor método para aprender? Sería arrogante responder que sí e incomprensible decir que no. Los autores han dedicado muchas horas a preparar textos, dirigir grupos de tutoría, coordinar cursos y formar a otros profesores en la lógica del ABP. Creemos que su empleo, como única filosofía docente o de forma híbrida con otros métodos, aporta a los estudiantes una formación difícil de alcanzar de otro modo. Volviendo al primer párrafo de esta presentación, lo que sí creemos es que el ABP contribuye a educarlos en la acepción “molineriana”. Unificando las dos, creemos que prepara la inteligencia para las funciones que deberán desarrollarse en la actividad profesional. Y lo que los alumnos aprenderán será intemporal, no estará sometido a los vaivenes de la obsolescencia del conocimiento tradicional. Los profesores que lo practiquen enseñarán a aprender y educarán a sus estudiantes de una de las mejores maneras posibles.